

"Los hijos del vicio y del pecado"

La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)*

René Salinas Meza & Manuel Delgado Valderrama
Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso

El fenómeno sociocultural que representa el abandono de niños tiene raíces muy lejanas. Históricamente se lo encuentra en el mundo occidental ya en el siglo VI, cuando entre las familias indigentes comenzó a generalizarse la práctica de dejar a los hijos en la puerta de las iglesias. A lo largo de los siglos posteriores se fueron consolidando instituciones de caridad especializadas en acoger y mantener a esos niños, por lo menos hasta los siete años. Tal preocupación fue especialmente relevante en los centros urbanos bajomedievales y en las grandes ciudades de los siglos XVII-XVIII.

El mundo medieval muestra una actitud ambigua con respecto al niño, que vivía muy poco integrado a las instituciones, y más bien al margen de la sociedad. Por una parte, el infanticidio era un recurso relativamente común, y la exposición y abandono del hijo al nacer, o más tarde, se transformaron en prácticas corrientes destinadas a limitar las cargas familiares que la miseria impedía sostener. Muchas actitudes parecen apoyar la imagen de un niño despersonalizado, sin el cariño y la atención que se le dio en épocas posteriores.¹

Por otra parte, existía un interés por otorgar una mayor "protección" al niño abandonado, actitud que si bien no implicaba un cambio sustancial de la "psicología de la exposición" proveniente de la antigüedad —que llevaba a deshacerse del hijo sin ensuciarse las manos con sangre, entregándolo a las manos de Dios—, dejaba al menos la posibilidad de que fuera recogido por un alma caritativa.² Comenzaron a buscarse remedios colectivos que permitieran garantizar la sobrevivencia y educación de los abandonados.³ Ya a comienzos del siglo XV, las ciudades italianas de la Toscana habilitaron hospicios para acoger a los niños abandonados —los "trovatelli"—, y luego esas instituciones se generalizaron en casi todos los centros urbanos de la península y de los otros países europeos.⁴

* Este trabajo forma parte de un proyecto que cuenta con el apoyo financiero de FONDECYT.

1. "La persona del niño todavía no estaba sacralizada y no suscitaba, por principio, el respeto y el amor". Véase J. L. Flandrin, *La moral sexual en Occidente* (Barcelona, 1984), 183; P. Riché, "L'enfant dans le Haut Moyen Age", *Annales de Démographie Historique* (1973), 99; Ph. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (Paris, 1975), 177-86.

2. Mientras entre griegos y romanos los niños eran abandonados en el campo, en el mundo medieval se les exponía en lugares poblados. La posibilidad de sobrevivencia de ese niño dependía de la caridad. Sin embargo, más que de la caridad privada, se colocaban las esperanzas en la caridad pública. Durante la Edad Media, el monasterio fue uno de los principales refugios para muchos de estos niños. En el siglo VIII, los niños abandonados por las madres adúlteras de la ciudad de Milán eran recogidos en un hospicio, el que luego los confiaba a nodrizas, los bautizaba y los educaba hasta los siete años. Véase P. Riché, *op. cit.*, 97 y ss.; J. L. Flandrin, *op. cit.*, 194 y ss.

3. C. Klapisch, "Attitudes devant l'enfant", *Annales de Démographie Historique* (1973), 63 y ss.

4. Véase C. Klapisch, "L'enfance en Toscane au début du XVI^e siècle", *Annales de Démographie Historique* (1973), 121.

Al largo de los siglos xvii y xviii, los centros de recepción se multiplicaron, perfeccionando las formas de acogida y organizando minuciosamente los cuidados, todo ello como parte de un proceso global de transformación de la importancia dada a la vida del niño y del concepto de caridad hacia él. El cambio en la actitud de las madres hacia el hijo, sentido como digno de un mayor aprecio, llevó a rechazar el recurso al infanticidio o al aborto como medio de desembarazarse de aquel que no se podía mantener. Como alternativa a dichas medidas radicales se acudía al abandono, un mecanismo menos extremo, puesto que dejaba lugar a la esperanza de que el niño recibiera los cuidados de la institución que lo tomaría a su cargo.

En síntesis, fueron la revalorización de la niñez y la institucionalización de la caridad los factores que impulsaron la creación de los hospicios, los que debían impedir (al menos teóricamente) la muerte de los hijos de madres solteras y de padres legítimos que carecían de los medios para alimentarlos. No olvidemos que fueron éstas, junto al deseo de evitar la vergüenza, las principales razones que impulsaban al abandono. Otro problema es si este mecanismo evitó o no la muerte.⁵

La actitud paterna y social frente al niño

Es sabido que el abandono de hijos es un hecho que pervive en las sociedades actuales, y muchos aspectos de la complejidad sociocultural que representó este fenómeno en el pasado siguen teniendo plena vigencia.⁶ Su análisis nos pone en contacto con dos aspectos del comportamiento colectivo de la sociedad: la sexualidad de la pareja y la actitud de los padres con respecto al hijo.

Ciertamente las poblaciones del pasado obedecieron a lo que podríamos denominar una política pro natalista: aborto e infanticidio fueron prohibidos,⁷ mientras el adulterio masculino y el heterismo comercial, si no promovidos, al menos fueron tolerados.⁸ En consecuencia, los hijos debían ser procreados sin importar las condiciones. Como existía ignorancia acerca de las conductas contraceptivas, una vez producido el nacimiento y ante la flagrante contradicción con la situación económica de muchas familias, los padres se veían obligados a abandonar al hijo. Como éste podía ser recogido por una institución para su crianza, se pudo conciliar el abandono con la "revalorización" del niño que hemos visto manifestarse en Europa desde comienzos del siglo xviii. Además quedaba la posibilidad de recuperarlo a una cierta edad, obviando ventajosamente el gasto de mantención en aquellos años en que, justamente, el niño era "improductivo", esto es, sólo una carga para la familia. Ello, sin embargo, de ningún modo contribuyó a reforzar la estructura de la familia, sino más bien ayudó a desintegrarla.

Esta verdadera "inconsciencia procreadora", que llevaba a las parejas a engendrar hijos sin preocuparse de su porvenir, junto al abandono de la práctica de tomar

5. J. L. Flandrin, *op cit.*, 197.

6. En la página de sucesos policiales del diario *El Mercurio* de Santiago, del día viernes 25 de marzo de 1988, se informa lo siguiente: "Un bebé de sexo masculino y de unos ocho días de vida, fue abandonado frente a un inmueble de calle Chacabuco, en la ciudad de Quillota. El recién nacido... fue trasladado al hospital local". Ese mismo diario, en la edición del 19 de marzo de 1989, anunciaba que a las 19.30 horas del día 17, personal de Carabineros fue alertado por una vecina del sector Brasil-Santo Domingo dando cuenta de que en el frontis de la Iglesia Sacramentina se hallaba un moisés con una lactante de aproximadamente veinte días en su interior.

7. Ello no significa que no se utilizaran estas prácticas en medida nada desdiable.

8. E. Malvido, "Algunos aportes de los estudios de demografía histórica al estudio de la familia en la época colonial", en Sergio Ortega, ed., *Familia y sexualidad en Nueva España* (México, 1982), 92.

medidas radicales para eliminarlos si no se los podía conservar, se explica por la moral de la época. Según J. L. Flandrin, la Iglesia empujaba a las parejas a la procreación, al defender el principio de que la sexualidad fue dada por Dios sólo para tal fin. "El hombre de bien nunca debe temer tener hijos; por el contrario, debe pensar que es una bendición de Dios...", predicaba Benedicti.⁹ Pero más allá de la conducta moral, el problema se planteaba de otra forma en el nivel familiar: la situación extrema de indigencia impulsaba a la pareja a decidir el abandono del niño, frente al riesgo de exponerlo a la muerte a causa de la pobreza.

En resumen, el abandono fue un recurso extremo que utilizó la pareja para evitar la muerte directa por aborto, infanticidio o hambre del hijo que no se podía conservar. El hospicio se encargaría de su sobrevivencia y, eventualmente, hasta podía recuperárselo. Sin embargo, las posibilidades de no alcanzar estos objetivos eran muy altas. Cuando de diez abandonados siete morían en los primeros meses, abandonar un niño era enviarlo a la muerte. Y esta realidad no pudo ser ignorada por los padres. En otras palabras, estamos en presencia de un mecanismo de ajuste de un modelo familiar que debe ser analizado más profundamente en relación con su propia forma de organización social. En virtud de la concepción cristiana de la vida y de la muerte que rige en nuestra sociedad, la muerte del niño abandonado se recibe con resignación: 'la muerte que golpea tan severamente a esos inocentes, decidida por Dios, les evita, en último término, los sufrimientos y penurias de una vida desgraciada y, en cambio, los hace bienaventurados en el cielo'.¹⁰

Ilegitimidad y abandono

En Chile el abandono de niños aparece como otra "faceta" de la ilegitimidad. Es necesario aclarar que el concepto de 'hijo ilegítimo' corresponde, hasta 1885, a aquel que nace de la unión de un hombre y una mujer no casados por la Iglesia, y desde esa fecha en adelante, de la unión no legalizada en el Registro Civil. Estas uniones pueden ser durables (concubinato), pasajeras o momentáneas. En el mejor de los casos, los hijos ilegítimos permanecen junto a los padres que viven en concubinato, pero lo más común es que vivan desde su nacimiento sólo junto a su madre o, muy excepcionalmente, sólo junto a su padre. En el pasado, varios factores sociales —como la fuerte influencia de la moral católica, la presión económica, el rechazo que experimentaban de los que les rodeaban y los escasos seguros materiales, casi siempre muy difíciles de obtener— llevaron a veces a estas madres a abandonar a sus hijos. Ello explicaría que un gran porcentaje de los niños abandonados fueran ilegítimos,¹¹ y sólo una pequeña proporción, cuyo abandono era el resultado de la presión de la miseria, fueran legítimos.

9. Citado por J. L. Flandrin, *op. cit.*, 169.

10. A. Fauve-Chamoux, "Innovation et comportement parental en milieu urbain. XVe-XIXe siècles", *Annales E.S.C.* 40, no. 5 (1985): 1023-39.

11. Lo que no significa, necesariamente, que todos los hijos ilegítimos sean abandonados, ni que todos los abandonados sean ilegítimos. En este sentido, hemos englobado bajo la categoría de niños abandonados todos los tipos que suelen señalarse, ya que hay ciertas variantes. Pueden ser hijos legítimos o ilegítimos dejados por uno de sus ascendientes de primer grado, ya sea en las manos de terceras personas gratuitamente, o por un precio, ya sea en una institución que se encarga de su alimentación y educación. También los primeros pueden ser abandonados una segunda vez en la institución. Incluimos además a los niños "expuestos", o sea los hijos legítimos o ilegítimos que son dejados por su madre, padre o intermedario en la vía pública, puerta de iglesias, torno, etc., con la esperanza de que sean llevados a la institución.



"... DECIDIR EL ABANDONO DEL NIÑO ..."
Copia de placa de vidrio de Alberto Lira Orrego.
Colección Museo Histórico Nacional

Esta directa relación entre abandono de niños y nacimientos ilegítimos fue puesta de manifiesto tempranamente.¹² También puede advertirse que el mayor número de abandono de hijos legítimos se producía cuando tenían edades más avanzadas y muy escasamente en los primeros meses de su existencia. Esto probaría que el abandono a una edad avanzada era forzado y, generalmente, por una urgencia extrema que impedía a los padres seguir conservando al niño. En otras palabras, la imposibilidad de asegurar la existencia del niño, habría impulsado a los padres, o a la viuda o viudo, a deshacerse de él. Por el contrario, los expósitos ilegítimos eran abandonados preferentemente en los primeros meses después del nacimiento, si no antes. En este caso, además de la miseria, en la decisión jugaba un papel importante la actitud mental que buscaba evitar la vergüenza social o colectiva y el rechazo de los que rodeaban a la madre.

CUADRO 1. Edad de los hijos legítimos abandonados. 1870-1910
(en porcentajes)

| Grupo de edad | Hijos legítimos | Id. ilegítimos | Total |
|---------------|-----------------|----------------|-------|
| 0-29 días | 84.7 | 15.3 | 100.0 |
| 1-3 meses | 77.6 | 22.4 | 100.0 |
| 4-6 meses | 74.6 | 25.4 | 100.0 |
| 7-11 meses | 60.4 | 42.3 | 100.0 |
| 1-2 años | 44.2 | 55.8 | 100.0 |

Fuente: Libros de entrada de la Casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 11 al 20.

En relación directa con lo anterior, el alto número de expósitos ha sido atribuido a veces a una relajación de las costumbres, lo que habría motivado un alza de los nacimientos fuera del matrimonio. Sin embargo, una correlación automática entre el número de niños abandonados y la frecuencia de las relaciones extraconyugales, reduce este fenómeno a una explicación simplista. Es cierto que la misma Casa de Huérfanos y la permanente preocupación por su buen funcionamiento favorecieron sin duda las relaciones extraconyugales al permitir a las parejas —legítimas o ilegítimas— deshacerse más confiadamente del hijo no deseado. Pero también es cierto que un alto porcentaje de los hijos abandonados fueron engendrados al interior de uniones consensuales, siendo sólo "técnicamente" hijos ilegítimos, ya que ese tipo de unión reúne muchos rasgos permanentes de la familia. Por último, hemos señalado que el abandono vino a reemplazar otras formas de eliminación de hijos, tales como el infanticidio, muy común hasta fines del siglo XIX, o la muerte por hambre o inanición.¹³

12. Sólo el 5.8 por ciento de los niños, para los que se conoce el origen de la madre, nacieron de matrimonios legítimos en Reims, Francia, a fines del siglo XVIII. Por lo tanto, allí el abandono de niños fue consecuencia de madres solteras. Véase A. Fauve-Chamoux, "L'enfance abandonnée à Reims a la fin du XVIII^e siècle", *Annales de Démographie Historique* (1973), 268; J. P. Gutton, *La Société et les pauvres en Europe. XVIIe-XVIIIe siècles* (Paris, 1974), 87 y ss.

13. Frecuentes testimonios de la prensa y de la crónica de la época hacen referencia al hallazgo de cadáveres de recién nacidos en calles y caminos. A ellos aludía Santiago Lindsay en 1858, definiéndolos como "crímenes inhumanos que se han hecho comunes". Véase L. A. Romero, "Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895", *Nueva Historia* 3, no. 9 (1984): 57. Numerosas denuncias judiciales se hicieron en contra de los autores de este delito a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Véase Archivo Judicial Parral, 14 de julio de 1839, etc.

CUADRO 2. Abandono e ilegitimidad. 1876-1910
(en porcentajes)

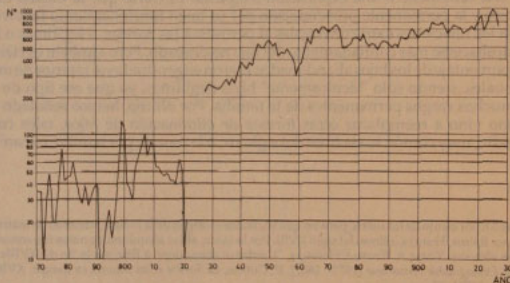
| Período | Porcentaje de niños abandonados | | |
|-----------|---------------------------------|-----------|--------------|
| | Ilegítimos | Legítimos | Desconocidos |
| 1876-1880 | 90.2 | 9.2 | 0.6 |
| 1881-1885 | 89.7 | 10.3 | 0.0 |
| 1886-1890 | 81.9 | 18.1 | 0.0 |
| 1891-1895 | 77.5 | 22.5 | 0.0 |
| 1896-1900 | 81.5 | 18.5 | 0.0 |
| 1901-1905 | 81.0 | 19.0 | 0.0 |
| 1906-1910 | 83.2 | 15.8 | 1.0 |
| 1876-1910 | 83.2 | 16.4 | 0.4 |

Fuente: Libros de entrada a la casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 12 al 20.

La magnitud y el volumen de los abandonados

La amplitud del fenómeno descrito puede ser visualizada en la curva de larga duración. Más de 100 mil niños abandonados fueron recibidos por los orfanatorios del país entre 1770 y 1926. Pero esta cifra no es más que la punta de un iceberg, cuya profundidad ignoramos por completo. El aumento de los expósitos se explica por un aumento paralelo de los nacimientos, como se puede ver en los gráficos, pero además de las variaciones de larga o mediana duración, las curvas revelan también oscilaciones cortas, que obligan a una confrontación con otra serie de datos.¹⁴ Probablemente uno de cada diez nacidos fue abandonado por la pareja que lo gestó.

GRAFICO 1. Volumen anual de niños abandonados en la Casa de Huérfanos de Santiago. 1770-1926
(Escala semilogarítmica)



14. Un caso elocuente de interrelación coyuntural con alzas del volumen de expósitos, se puede ver en España: la curva de abandonos dibuja dos puntas, que son también las de las crisis económicas y de subsistencia. Véase V. Pérez Moreda, *La crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVII-XIX* (Madrid, 1980). También para el caso específico de Sevilla, puede verse el estudio de León Carlos Álvarez S., *Marginación social y mentalidad en Andalucía Occidental: expósitos en Sevilla. 1613-1910* (Sevilla, 1980). En Chile, las fluctuaciones coyunturales están ligadas a la aparición de oleadas epidémicas, alza de precios, reformas administrativas, conflictos bélicos, crisis económicas, calidad de vida y otras, como ha puesto de manifiesto Manuel Delgado Valderrama en *Marginación e integración social en Chile. Los expósitos. 1750-1930*, Tesis de Maestría, Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, 1986 (inédita).

Las curvas del Gráfico pareciera probar la hipótesis de que el volumen de expositos es directamente proporcional al volumen de la población. En efecto, es muy probable una relación estructural entre nacimientos y abandonos, especialmente en la tendencia de larga duración, sin por ello excluir la incidencia de crisis económicas coyunturales y la permanente amenaza de la "vergüenza pública", o el rechazo social. Ciertamente, no es posible medir el peso de este último factor, pero no es aventurado sostener que él se distribuye en forma constante a lo largo del período analizado.

El volumen del fenómeno en el período colonial no puede entenderse como el resultado de una escasa práctica del abandono. Hay que tener en cuenta que su registro es muy imperfecto en esos años. Además, la ruralización de la sociedad orientaba esta conducta en otro sentido; esto es, en el aprovechamiento de los huérfanos como mano de obra rural.¹⁵ El difundido vagabundaje rural contrasta con el control urbano, en cuyo marco se organizan los orfanatorios.

También parece innegable que esta práctica se dio preferentemente en los sectores pobres de la sociedad. Las clases más pobres son las que aportaban el mayor contingente de expositos, y los cambios de residencia o de lugares de habitación en los centros poblados, que impulsó a estos grupos sociales hacia la periferia, ayudó a incrementar el volumen de abandonos. Una gran parte del contingente de estos niños, lo fue porque sus padres eran demasiado pobres para cuidarlos por sí mismos.¹⁶

Si observamos la procedencia habitacional de los niños recibidos por la Casa de Huérfanos de Santiago, se advierte un claro contraste entre la zona central de la ciudad, donde se concentraban los sectores sociales más acomodados, y el área periférica sur. Entre 1870 y 1920, esta diferencia se fue acentuando en concordancia con un proceso de transformación del hábitat santiaguino, que desplazó los sectores del centro a la periferia.

CUADRO 3. Origen habitacional de los niños abandonados de Santiago. 1875-1920
(en porcentajes sobre el total)

| Período | Sector Central (Parroquia de Sta. Ana y Sagrario) | Periferia Sur (Parroquias de San Lázaro y San Isidro) | Otros sectores |
|-----------|---|---|----------------|
| 1875-1879 | 17.2 | 44.8 | 38.0 |
| 1880-1884 | 18.9 | 49.0 | 32.1 |
| 1885-1889 | 12.2 | 49.4 | 38.4 |
| 1890-1894 | 9.7 | 44.4 | 45.9 |
| 1895-1899 | 10.2 | 52.7 | 37.1 |
| 1900-1904 | 10.0 | 51.2 | 38.8 |
| 1905-1909 | 9.3 | 50.0 | 39.7 |
| 1910-1914 | 5.9 | 54.8 | 39.3 |
| 1915-1919 | 2.7 | 60.1 | 37.3 |

La mortalidad

Las estimaciones de la mortalidad infantil en el pasado son reconocidamente elevadas y nada permite esperar una mejor suerte para los niños abandonados en el período que estudiamos. Por el contrario, la mortalidad de los niños acogidos por la Casa de Huérfanos de Santiago fue horrorosa. Las causas se relacionan con la carencia

15. Véase R. Mellafe, "Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII", *Cuadernos de Historia* 1 (1981): 99-100.

16. Véase J. P. Gutton, op. cit., 89; A. Forrest, *La Révolution Française et les pauvres* (Paris, 1986), 171.

cualitativa y cuantitativa de la alimentación, con las tristes condiciones familiares y con enfermedades tales como agitaciones agudas y crónicas, infecciones en general, sífilis, infecciones bacilares, oftalmías, gastroenteritis, escrófulo, etc.

También, a veces, la institución se transformó en un verdadero "depósito de niños muertos", ya que allí los dejaban los padres con el fin de ahorrarse el costo del Registro Civil y sus funerales; entre ellos, niños víctimas de infanticidio e incluso abortos inducidos. Muchos informes del siglo XIX muestran a los padres, ante la inminencia de la muerte de sus hijos, "concurriendo a depositar al menor a la Casa de Huérfanos y así quedan libres de todo apremio [uno a treinta días de cárcel y uno a treinta pesos de multa] por la omisión de todo pago de dinero por el entierro, de todo gasto por el acompañamiento y no pierden tiempo en la tramitación para la sepultura y el entierro".¹⁷

Por otra parte, la concentración de un gran número de niños en una institución desprovista de la infraestructura apropiada implicaba para ellos tristes consecuencias, tanto en el plano de la alimentación como en el resguardo de la higiene y la difusión de las enfermedades.

Las probabilidades de sobrevivencia de los niños abandonados era diferenciada. En primer lugar, en función de la edad, ya que las posibilidades de sobrevivir que tenía un niño abandonado a una edad más avanzada mejoraban notoriamente; estos casos constituían una proporción mínima de los abandonados, pues la mayor parte eran recién nacidos.

CUADRO 4. Edad de ingreso al Hospicio de Santiago de los niños abandonados. 1780-1920 (en porcentajes)

| Grupo de edades | Siglo XVIII | Siglo XIX | Siglo XX |
|-----------------|-------------|-----------|----------|
| 0-29 días | 98.0 | 71.2 | 70.6 |
| 1-3 meses | 1.9 | 14.5 | 12.4 |
| 4-9 meses | - | 7.0 | 8.8 |
| 1 año | - | 2.1 | 3.1 |
| 2 años | - | 0.8 | 4.2 |
| 3 años y más | - | 2.3 | 0.9 |
| S/D | - | 2.1 | - |

Fuentes: Libros de entrada a la Casa de Huérfanos de Santiago, Sección Lactancia, Vols. 11 al 24. Archivo Nacional, Contaduría Mayor, Primera Serie: 943, Segunda Serie: 237.

En todos los años examinados, el primer mes desde el nacimiento aparece como el más mortífero para los huérfanos, en proporciones muy superiores a la de los niños nacidos en uniones legítimas. Y frente a la hecatombe que muestran las cifras, los ya altos porcentajes de mortalidad infantil de la época —que conmovieron a muchos contemporáneos—, parecen irrisorios. Dichas tasas, siempre sobre el 600 por mil, hacían que una vez superada la barrera del "primer aniversario", el niño alcanzara una importante victoria sobre la muerte. Las probabilidades de morir disminuían durante la infancia y la adolescencia, aunque siempre dentro de límites de alto riesgo. La tasa de mortalidad juvenil durante el siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, fluctuó entre 300 y 500 por mil.

17. Memoria del Administrador de la Casa de Huérfanos de Santiago, Año 1893, Anexo 27, 192-93. Esta práctica de abandonar niños muertos en los hospicios fue muy común en todas partes, y a veces en gran cantidad. En algunas regiones italianas, los orfanatorios recibieron el nombre de "pequeños cementerios", por el número de niños muertos que recibían. Véase Giovanna Da Molin, *L'infanzia abbandonata in Italia nell'età moderna. Aspetti demografici di un problema sociale* (Bari, 1981), 69-99.

Los índices de mortalidad son muy elocuentes para mostrar el fatal destino que esperaba a las tres cuartas partes de los niños abandonados. El seguimiento de cada cohorte de expósitos de un año dado permite constatarlo con la mayor crudeza:

CUADRO 5. *Mortalidad por cohorte de los expósitos. 1876-1925 (0-7 años)*
(en porcentajes)

| Período de observación | Tasa general de mortalidad |
|------------------------|----------------------------|
| 1876-1885 | 813 |
| 1886-1895 | 802 |
| 1896-1905 | 760 |
| 1906-1915 | 735 |
| 1916-1925 | 736 |

Fuente: Libros de Entrada a la Casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 10 al 27.

Esta situación se advierte desde los orígenes de la Casa de Huérfanos, a mediados del siglo XVIII, ya que una de las razones que se invocaron para fundar el Asilo fue la gran cantidad de niños abandonados que se veían en Santiago, de los cuales la mayoría moría en la calle.¹⁸ Algunos informes emitidos a fines del siglo XIX ponen crudamente de manifiesto la precaria condición de los asistidos; uno de 1891 expresa que "la miseria y el vicio . . . engendran hijos atroficos, escleróticos, tuberculosos, sifilíticos. Algunos deformados por los manejos para disimular su embarazo, otros enviados de dos o tres días nacidos, sucios hambrientos y agonizantes"; otro de 1910 concluye que "ordinariamente llegan enfermos los niños y muchos de ellos en un estado de salud verdaderamente deplorable".¹⁹

Los altos riesgos de muerte a que se veían sometidos los niños abandonados en la Casa de Huérfanos fueron percibidos por los propios administradores de la institución, los que propusieron medidas para mejorar las condiciones de vida y la alimentación de los niños recibidos a muy tierna edad. Se adoptaron sistemas de alimentación artificial para suplir la falta de "amas de pecho" (nodrizas que amamantaban a los recién nacidos a cambio de un salario), y luego se dispuso que todos los niños debían permanecer los primeros meses de edad en la propia Casa, al cuidado de las "amas" internas que vivían en el Asilo. Sólo al tercer mes se autorizaba que fueran entregados en crianza a "amas" de fuera. Se llegó incluso a instituir premios especiales para las amas que devolvieran a los niños más sanos y robustos. Sin embargo, la mortalidad siguió siendo elevada, ya que entre 1875 y 1879 el 238 por mil de los niños abandonados en el Asilo murió antes de cumplir un mes de edad, y entre 1915 y 1919 el 643 por mil de los ingresados murió antes del año.

También se intentó precisar las causas de tan alta mortalidad. De acuerdo con los informes, la primera era "las malas condiciones en que el niño es abandonado y después de una penosa gestación". En seguida, se atribuía a las deficiencias higiénicas, sanitarias y alimenticias de la atención prestada a los pequeños. Por último, se responsabilizó al escaso número de nodrizas encargadas de satisfacer las necesidades nutritivas de los huérfanos recibidos. Sin embargo, el entregar la crianza del niño a una nodriza fuera de la casa no representaba ninguna seguridad de sobrevivencia.

Los crudos informes de los administradores no se cansan de repetir las tristes condiciones en que se recibía a los niños: "Residuos de la sociedad, nacidos prematu-

18. Archivos Ministerio del Interior, Vol. 407. Carta de Nicolás de Aguirre.

19. Memorias del Administrador de la Casa de Huérfanos (en adelante MACH), 1891, 297; y 1910, 67.

ramente enfermos, molestados en sus primeros meses de vida fetal con intentos criminales, hijos del vicio y de la miseria, en su mayor parte enfermos, hambrientos, sucios, moribundos", se decía en 1900. Otro informe agregaba que "un gran número de enfermos llega moribundo a la Casa o simplemente sus cadáveres".²⁰ Entre los males más frecuentes se contaban la alergia, oftalmía purulenta, enfermedades intestinales y la sífilis hereditaria. En realidad, la gran mayoría de los expósitos ingresó al Asilo con alguna enfermedad, como lo demuestra el cuadro siguiente, confeccionado con datos de las memorias del Administrador de la Casa de Huérfanos.

CUADRO 6. Estado de salud en que son recibidos los niños abandonados en la Casa de Huérfanos de Santiago. 1886-1909

| Período | Niños recibidos | Enfermos (N) | Graves y agónicos | Total enfermos | % |
|-----------|-----------------|--------------|-------------------|----------------|------|
| 1886-1889 | 2.076 | 1.554 | — | 1.554 | 74.9 |
| 1890-1899 | 5.784 | 3.759 | 431 | 4.190 | 72.5 |
| 1900-1909 | 7.178 | 3.098 | 1.060 | 4.158 | 58.0 |

Es muy probable que las cifras anteriores estén subestimadas, ya que no siempre era igualmente riguroso el examen médico a que se sometía al niño. Incluso muchas veces el examen fue practicado por una Hermana de la Caridad. En un solo año, 1893, se recibieron 515 niños, de los cuales 7 fallecieron antes de las veinticuatro horas de recibidos, 185 en la semana siguiente y 183 antes de cumplir los dos meses. En 1899 se recibieron 603, de los cuales 27 murieron en las diez horas siguientes y 35 antes de las veinticuatro horas. O sea, 45 en un sólo día. El propio administrador de la Casa solicitaba a una mujer que entregaba un niño que "lo tuviese en sus brazos los pocos minutos que le quedaban de vida y constatará la muerte que efectivamente sobrevino un momento después".²¹

Las condiciones ambientales en que el niño recibido en la Casa vivía los tres primeros meses eran deplorables. La estrechez del local obligaba a hacinar a los huérfanos; se instalaba hasta ochenta niños en una sala habilitada para recibir sólo veinte, lo que significa que cada cuna recibía cuatro recién nacidos. No había tampoco ningún aislamiento de los niños enfermos, por lo que las enfermedades contagiosas como el sarampión, coqueluche, difteria y gastroenteritis se propagaban con gran rapidez. Muchas veces los propios funcionarios entregaban niños mayores de tres meses ya enfermos a nodrizas asalariadas, para —como lo anotó uno— "ir a probar suerte antes de que se aniquilen ellos mismos quedándose y perjudicando a los demás".²²

Las nodrizas

Las nodrizas o "amas" eran un pilar fundamental del funcionamiento de la institución. En la misma Casa, las "amas de pecho internas" eran la única fuente de alimentación de los menores abandonados en los primeros meses de vida. En los meses siguientes debían cuidarlos las "amas externas", que los recibían por un salario en sus hogares particulares. Los informes administrativos señalan siempre el escaso número de amas que se lograba reclutar, no obstante que no se era muy severo en hacer cumplir las

20. MACH, 1900, Anexo V, 118 y Anexo B, 261.

21. MACH, 1902, Anexo D, 88-89.

22. MACH, 1903, Anexo E, 160.

exigentes condiciones que se suponía debían cumplir. En 1901 se presentaron 331 mujeres para servir este oficio, y se rechazaron 28. Sólo no se aceptó a aquellas que presentaban alguna falla orgánica, que eran mayores de cuarenta años o que no tenían leche suficiente. Para paliar el "déficit", la Casa entregaba más de un niño a cada ama, llegando algunas a recibir hasta cuatro. Entre 1797 y 1818 se recibieron 1.388 niños abandonados, y en el mismo período se contó sólo con 630 amas. De ellas, 141 criaron dos niños; 63, tres; 32, cuatro; 6 amas criaron ocho niños cada una, llegando una mujer a criar diez.

Las amas internas eran las más difíciles de conseguir. En los años 1901 y 1902 se contrató sólo a 230 y se recibieron en cambio 1.332 huérfanos, con una proporción superior a seis niños ingresados por cada ama contratada. Luego de aceptar el trabajo, las mujeres eran sometidas a un régimen de sobrealimentación; sin embargo, rara vez eran capaces de alimentar a más de un niño. Además de la alimentación reforzada, la institución les aseguraba vivienda, aseo y asistencia médica. Se las sometía a un estricto control para impedirles el contacto con el exterior, garantizando de este modo el resguardo de la higiene. Pero estas condiciones hacían muy poco atractiva la ocupación. También la miserable condición de los niños detenía muchas veces el interés de las mujeres por emplearse como nodrizas. "A menudo se consiguen amas, pero una vez que ellas ven los seres que tienen que alimentar, se retiran inmediatamente por la repugnancia que les inspiran. No puede suceder otra cosa con la vista de niños completamente demacrados o cubiertos de la piel tan repugnantes, que no se puede mirarlos sin inspirar un sentimiento de repulsión, quien quiera que sea el que los observe".²³

Las condiciones en que se desarrollaba la crianza de los niños fuera de la Casa de Huérfanos tampoco eran excepcionales, de modo que sólo atenuaban los riesgos de muerte. Los cuidados que les prestaban las amas eran siempre negligentes. El salario que se les pagaba, nunca superior a cinco pesos, se ocupaba más en las necesidades del hogar que en las del niño. A veces residían en lugares tan alejados como Buin, Pirque, Malloco, Isla de Maipo, etc. Además, casi todas eran familias de condición muy humilde. De acuerdo a la reglamentación, estas mujeres no debían tener un hijo propio que alimentar; se obligaban a amamantar al niño con leche de pecho; no debían vivir a más de tres kilómetros de distancia de la Casa; no podían criar simultáneamente a más de dos expósitos y debían devolver al niño a la Casa en cuanto éste presentara algún síntoma de enfermedad. Sin embargo, en la práctica ninguna de estas exigencias pudo cumplirse.

Entre los años 1894 y 1909 se pudo hacer una distinción del lugar en que residía el niño al momento de su muerte. Estas cifras muestran que la inseguridad o el riesgo de muerte era igualmente alto fuera del Asilo.

CUADRO 7. Distribución de la mortalidad de los huérfanos. 1894-1909

| Período | A Total de niños muertos | B Residentes en la Casa | | C Retornados a la Casa | | D En poder de Ama | | C + D | |
|---------|-----------------------------------|-------------------------------|------|------------------------------|------|-------------------------|------|-------|------|
| | | N | % | N | % | N | % | N | % |
| 1894-96 | 1.269 | 772 | 60.8 | 261 | 20.6 | 236 | 18.6 | 497 | 39.2 |
| 1901-03 | 1.613 | 958 | 59.4 | 493 | 30.6 | 162 | 10.0 | 655 | 40.6 |
| 1907-09 | 1.606 | 880 | 54.8 | 522 | 32.5 | 204 | 12.7 | 726 | 45.2 |

23. MACH, 1900, Anexo B, 259-61.

El cuadro anterior muestra que más del 40 por ciento de los niños que morían en un año habían retornado a la Casa de Huérfanos después de un período variable en el hogar de la nodriza, o seguían en poder de ellas. En otras palabras, la inseguridad frente a la vida se prolongaba durante toda la niñez.

Conclusiones

La generalizada práctica de abandonar a los hijos no debe ser vista como una actitud de indigna irresponsabilidad paternal. En muchos casos, el niño abandonado llevaba marcas o señas que hablaban de la intención de recuperarlo en el futuro, y de hecho algunos padres o parientes volvían un tiempo después para llevárselo. Pero estos casos eran la excepción, pues la gran mayoría moría. Probablemente, para nuestra actual sensibilidad, la muerte de un bebé, dado que ocurre excepcionalmente, es motivo de asombro; pero las sensibilidades de un pasado no muy lejano se movían dentro de conductas mucho menos susceptibles. Como se ha dicho, ellas estaban "embotadas por la banalidad de una hecatombe",²⁴ en la que por lo menos dos de cada cuatro niños nacidos morían antes de cumplir el año. Tal situación, repetida casi inexorablemente, terminó por resignar a los padres. La fórmula "Dios me lo dio, Dios me lo quitó" expresaba esa resignación frente a la muerte y, por extensión, un cierto fatalismo para concebir la procreación y la proyección futura del hijo. La conducta colectiva de esta sociedad se expresó por un acostumbramiento ante la elevada mortalidad de niños; no obstante lo cual, las todavía mayores proporciones de mortalidad de niños abandonados tuvieron indudable impacto. Innumerables observaciones de los responsables administrativos de la época, de encargados de instituciones benéficas y de legisladores, llamaron la atención sobre este desmesurado volumen de muertes, y aunque no siempre fueron oídos, es innegable que el hecho no fue desconocido por la población.

Ya hemos hecho referencia a la hipótesis sustentada por A. Fauve-Chamoux, para quien la concepción cristiana de la vida y de la muerte permitía aceptar la muerte de un niño inocente como la voluntad de Dios que, en último término, evitaba a ese niño los sufrimientos de una vida desgraciada y los peligros del pecado. En el pasado se sentía que la muerte de un niño inocente decidida por Dios hace un bienaventurado en el cielo y un desgraciado menos en la tierra, sostiene esta autora, cosa muy diferente de un aborto producido o de un infanticidio que, en cambio, se sabían crímenes.

Tampoco puede ignorarse el "impacto emocional" que supone para los padres o la madre el abandono del hijo. Pero es indudable que este impacto se atenúa ante la eventualidad mucho más angustiada y urgente que representa conservar el hijo, ya que la extrema pobreza le asegura a éste una inminente muerte por inanición o, en otros casos, la vergüenza pública y el rechazo del grupo para la madre y el hijo. Esto último debe haber pesado más fuertemente en los muy incipientes "sectores medios" de la comunidad, cuyas solidaridades eran todavía muy tenues y sus normas y conductas morales escasamente socializadas.

24. A. Fauve-Chamoux, "Innovation et comportement parental", *op. cit.*, 1028.